

El desarrollo de la crisis y la crisis del desarrollo

ANDRE GUNDER FRANK*

La reciente liberación de Nicaragua del régimen somocista hace particularmente oportuna la cuestión de revolución *versus* contrarrevolución en el mundo. Muchos piensan que estamos viviendo en una época prerrevolucionaria, análoga y derivada de aquella en la que ocurrió la primera revolución socialista, a fines de la primera guerra mundial, en lo que hoy es la Unión Soviética. Esta creencia en el progreso actual de la revolución y el socialismo se basa especialmente en los acontecimientos de los últimos 15 años en Cuba y Vietnam, Angola y Mozambique, Etiopía, Irán e incluso Afganistán, y en la situación o las perspectivas en Zimbabue y Namibia, algunas partes del Caribe y otros lugares del Tercer Mundo. La creencia en el progreso prerrevolucionario también se basa en los amplios movimientos de masas en Europa y América del Norte al final de los sesenta y principios de los setenta; en la caída posterior de las dictaduras en Grecia, Portugal y España, y en las movilizaciones populares, de trabajadores y de mujeres, dirigidas sobre todo contra las políticas económicas y sociales que se extendieron en los últimos dos o tres años por muchos países capitalistas industrializados, subdesarrollados y socialistas (lo cual es especialmente significativo

en el caso de los últimos, según algunos observadores). Por otro lado, también en el Occidente capitalista industrializado, en el Este socialista y en el Tercer Mundo subdesarrollado del Sur se están sintiendo fuertes vientos conservadores o reaccionarios, contrarreformistas o contrarrevolucionarios y militantemente nacionalistas.

¿Hasta qué punto puede decirse, entonces, que la revolución o la contrarrevolución están en el orden del día en el futuro previsible? Como en toda situación prerrevolucionaria o que supuestamente lo es, claro está que la respuesta depende de hacia dónde se dirijan la lucha de clases y la lucha imperialista. Las fuerzas (elemento político subjetivo) en esta lucha de clases están parcialmente limitadas y moldeadas por los factores "económicos objetivos". En el pasado reciente se otorgó gran importancia a los factores subjetivos e ideológicos en Cuba, China y Vietnam pero, en cierto modo, ha habido una gran desilusión en estos países con respecto a la eficacia de tales factores. Esta decepción ha marcado a sus propios líderes: basta mencionar a Mao Tse-tung, cuya Revolución Cultural obviamente fue derrotada, amén de muchos otros en estos países y en el resto del mundo. Por tanto, quizá no sea equivocado dedicar mayor cuidado a los factores económicos objetivos en la lucha por la liberación y el socialismo. Sucesos recientes pueden poner en duda aquello de que la verdad objetiva es siempre revolucionaria, como dice el viejo adagio, pero ciertamente

* De la Universidad de East Anglia. Este ensayo, deliberadamente presentado sin notas al pie, es un resumen y, en parte, una ampliación del reciente trabajo del autor, *La crisis mundial*, tomo 1, *Occidente, países del Este y Sur*, tomo 2, *El Tercer Mundo*, Bruguera, Barcelona, 1979. [Traducción del inglés de Fernando Molina.]

todavía es verdad que la ilusión subjetiva o la falsedad nunca pueden ser revolucionarias.

De acuerdo con las proclamas oficiales sobre la situación del mundo y sobre los avances aparentemente revolucionarios mencionados, los chinos dicen a cada oportunidad que el panorama es excelente. La Unión Soviética afirma que el socialismo avanza a grandes pasos sobre el mundo. Los eurocomunistas y otros partidos comunistas sostienen que la movilización social y los avances populares se están acelerando y que virtualmente arrasan el mundo, aunque haya habido reveses temporales en algunos lugares de América Latina hasta hace poco. En la última conferencia cumbre de los No Alineados se dijo también que la movilización popular avanza a pasos agigantados en el Tercer Mundo, especialmente a partir de lo sucedido en Nicaragua y otros lugares. Los trotskistas dicen que por lo menos en varios países del sur de Europa —Portugal, España, Francia, Italia y quizá Bélgica— la revolución está prácticamente a la vuelta de la esquina, o que podría estarlo si los revolucionarios jugasen bien sus cartas. Incluso Estados Unidos estaría afectado por nuevos movimientos populares de gran escala. ¿Hasta qué punto se apoyan estas afirmaciones en hechos reales? ¿Hasta qué punto este optimismo, que por supuesto todos debemos apoyar subjetivamente, está en verdad justificado por consideraciones políticas y económicas objetivas? En efecto, llámense consideraciones objetivas o subjetivas, habría que preguntarse si la teoría, la ideología, la organización y la dirección revolucionarias, que por cierto todos los socialistas y revolucionarios estiman esenciales para convertir una situación prerrevolucionaria en una revolución, justifican este optimismo. Hay razones objetivas para dudarlo.

De hecho, buena parte de esta movilización contemporánea por la revolución y la liberación nacional es un resultado (defensivo) de la creciente crisis económica y política del mundo, y en esa medida se enfrenta a limitaciones objetivas y graves. La crisis quizá no sea enteramente distinta de otras anteriores, en particular de la que empezó en 1913 y duró hasta el fin de la segunda guerra mundial. Esa crisis abarcó dos guerras mundiales, la depresión de los treinta, la Revolución de Octubre y la Revolución China; pero, no lo olvidemos, también incluyó el surgimiento del fascismo como movimiento contrarrevolucionario que tuvo algún éxito, cuando menos en ciertos momentos y lugares. Otra importante crisis anterior y similar del desarrollo capitalista ocurrió entre 1873 y 1895, vinculada al surgimiento del capitalismo monopolista en las economías centrales y al desarrollo del imperialismo clásico y del colonialismo desde las economías centrales hacia las periféricas o, más bien, en el sistema económico y político mundial, que incluye tanto al centro como a la periferia. Parece entonces que el mundo, o al menos el mundo capitalista, se enfrenta a un nuevo período crítico de sobreacumulación de capital y de sobreproducción desde mediados de los sesenta.

Muchos de los sucesos políticos mencionados son respuestas a esa crisis y están caracterizados, cuando no limitados, por ella. La expansión industrial de la posguerra, igual que las grandes expansiones anteriores, produjo más capital con relación al trabajo utilizado (en términos marxistas, un aumento en la composición orgánica del capital), sobre todo en la industria. Junto con la relativa sobreinversión en bienes de capital en la industria, hubo también una relativa sub-

inversión en la capacidad productiva de los sectores minero y agrícola en la mayor parte del mundo capitalista. Debe señalarse que esta subinversión en el sector primario es la causa fundamental de las crisis agrícolas y de energéticos en los setenta y, quizá, de los ochenta. El aumento de la composición orgánica del capital (es decir, el aumento en la razón capital/trabajo) y de la productividad, así como el aumento del poder de negociación y la militancia de los trabajadores (en parte vinculado con el anterior) produjeron en las economías industriales, desde mediados de los sesenta, una disminución de la tasa de ganancia, de la de crecimiento y, en algunos casos, una reducción en términos absolutos de la demanda de productos industriales, especialmente de bienes de capital o de inversión. El desequilibrio anterior quizá conduzca a un relativo aumento del aprovisionamiento de materias primas en fuentes minerales (incluyendo el lecho marino y quizá, la Antártida) y agrícolas (sobre todo de la agroindustria). Por otra parte, la productividad y la producción han crecido a ritmos distintos en las principales economías capitalistas industrializadas. Hasta hace poco tiempo, la productividad había crecido en Europa Occidental a una tasa que duplicaba la de Estados Unidos, y la de Japón al doble que la europea, es decir, cuatro veces más que la estadounidense.

Esta evolución ha tenido las siguientes consecuencias y manifestaciones. Una es el intento de posponer, limitar o incluso, en algunos sectores monopolizados, impedir la disminución en la tasa de ganancia y la contracción del mercado por medio de enormes programas de impresión de dinero y de fomento del crédito. Este esfuerzo asumió su forma más espectacular en Estados Unidos que, a través del financiamiento deficitario de la guerra contra Vietnam, inundó al mundo con dólares. En segundo lugar, la competencia se intensificó particularmente entre los sectores capitalistas de los países industrializados en su lucha por ganar los reducidos mercados nacionales. Esta se manifestó sobre todo en las repetidas devaluaciones del dólar, con el objeto de mantener o aumentar el mercado para las exportaciones estadounidenses y proteger el interno contra las incursiones de, sobre todo, Alemania y Japón. Las monedas de estos países se han revaluado considerablemente con respecto al dólar, pero sin que hasta ahora esto mueva la balanza a favor de Estados Unidos en el mercado mundial. Sin embargo, la baja del dólar ha abaratado los salarios y las propiedades en este país con respecto a Europa y Japón, y por tanto ha cambiado el flujo de la inversión extranjera, que ahora se dirige desde esas regiones hacia Estados Unidos. El descenso de la demanda y el aumento de la competencia también han acelerado las bancarrotas y la monopolización en los mercados internos, así como las políticas de exportación agresivas y un renovado proteccionismo en el plano internacional.

Otra manifestación importante de la sobreproducción y de la demanda insuficiente ha sido un aumento de la capacidad productiva ociosa en la industria. Este problema, que afecta a todo el sector, es particularmente visible en la siderurgia, que durante varios años ha sufrido una recesión en todo el mundo y, después de cerrar varias plantas, todavía opera a 60 o 70 por ciento de su capacidad en muchas partes del mundo industrializado. En consecuencia, también ha habido una recesión notable en las inversiones. Con capacidad ociosa

y ganancias bajas, las empresas no tienen por qué hacer nuevas inversiones enormes. En las economías industrializadas, el nivel de inversión de 1973 no se volvió a alcanzar sino hasta 1978 (exceptuando a Inglaterra, donde aún hoy no se alcanza). Por tanto, hay una brecha de inversión en el período 1973-1978, y ahora amenaza con desplomarse otra vez debido a la nueva recesión. Además, la naturaleza de la inversión ha cambiado. La inversión expansiva para ampliar la capacidad o producir nuevos bienes ha sido remplazada, en grado cada vez mayor, por la inversión racionalizada con el objeto de producir más barato, especialmente con menores costos de mano de obra. Se ha hablado mucho de nueva tecnología en la producción de energéticos y en muchos otros campos. Empero, a pesar de que, como todos sabemos, el precio de los energéticos aumentó drásticamente a partir de 1973 y ha seguido aumentando hasta ahora, no se ha realizado ninguna inversión importante en este campo —excepto en la exploración y perforación de pozos de petróleo, que han aumentado considerablemente desde 1973—, ni siquiera en plantas de refinación, lo que explica los recientes cuellos de botella. Asimismo, tampoco se han hecho inversiones significativas en otras fuentes de energía, como esquistos bituminosos, carbón o combustibles nucleares. La industria nuclear está virtualmente arruinada desde el punto de vista económico, lo que explica buena parte de la intensa campaña por vender reactores nucleares, que ha producido fuertes disputas internacionales (por ejemplo, entre Estados Unidos y Alemania sobre Brasil y entre Estados Unidos y Francia sobre Paquistán) y violentas reacciones contra las plantas nucleares en muchos lugares del mundo. Todas estas fuentes sustitutivas de energía, incluida la solar y los combustibles sintéticos, han sido tema de muchas discusiones, pero hasta ahora no han llegado al terreno de los hechos. La principal razón es que la tasa general de ganancia y los mercados potenciales todavía no justifican inversiones importantes en éste ni en otros campos. La excepción aparente, la industria de computadoras y, en especial, el uso de microcircuitos (*microchips*), es en esencia una inversión destinada a racionalizar la producción y a reducir costos de mano de obra; hasta ahora no ha sido una innovación tal que permita producir sobre bases completamente nuevas. Antes de que pueda emprenderse un programa de inversiones de gran escala y se utilice una tecnología radicalmente nueva, la tasa de ganancia deberá elevarse otra vez y para hacerlo serán necesarias muchas transformaciones económicas, sociales y políticas en escala mundial. Más adelante se analizan los comienzos de algunas de estas transformaciones.

El desarrollo de la crisis, a través de recesiones recurrentes y progresivamente más profundas, ha tenido otras consecuencias y manifestaciones que han contribuido tanto a la reducción de las ganancias como a su posible recuperación en el futuro. Desde mediados de los sesenta, estas recesiones han sido cada vez más frecuentes, largas y profundas, y han estado crecientemente coordinadas por los principales países industrializados. Un índice del agravamiento de estas recesiones es su efecto en el empleo en los países industriales miembros de la OCDE. Durante la recesión de 1967, el desempleo en Estados Unidos, Europa, Japón, Australia y Nueva Zelanda llegó a cinco millones, pero el primero apenas contribuyó a esta cifra, ya que gracias a la guerra de Vietnam, por así decirlo, pudo cerrar la puerta al lobo de la

recesión. En la de 1969-1971, que también golpeó a Estados Unidos, el desempleo abierto llegó a diez millones en los países industrializados. Luego, en la recuperación de 1972 a 1973, el desempleo bajó a ocho millones. Durante la siguiente recesión, que afectó a casi todo el mundo capitalista al mismo tiempo (1973-1975) y fue la más profunda desde los treinta, el desempleo abierto alcanzó a 15 millones en los países industrializados, de los cuales nueve millones correspondieron a Estados Unidos. En este país, el desempleo se redujo desde entonces a menos de seis millones, pero siguió aumentando en Europa, Japón, Canadá y Australia. En efecto, el número de desempleados en esos países creció tanto durante la llamada recuperación comenzada en 1975, que el desempleo total en la OCDE aumentó de los 15 millones registrados en los peores momentos de la recesión anterior a 17 o 18 millones en meses recientes.

En el verano de 1979 comenzó a una nueva recesión en Estados Unidos, quizá en Inglaterra y amenaza claramente a otros países. Nadie sabe con certeza cuánto durará. El gobierno de Carter habla de un “aterrijaje suave” y dice que la recesión será relativamente benigna y no muy larga, así sea debido a las próximas elecciones.

En un documento confidencial del gobierno que, ante la expresa consternación del presidente Carter, se filtró al conocimiento público, se estimaba una recesión mucho más severa, que duraría hasta 1981, y se calculaba que el desempleo aumentaría de nuevo a 8% por lo menos. Más aún, hay razones de peso para pronosticar que la recesión de 1979-1981 (?) puede resultar peor que la de 1973-1975. Una razón es que ésta es mucho más bienvenida y “necesaria” que la anterior, la cual no llevó suficientes empresas a la bancarrota como para limpiar la casa del capitalismo y tampoco tuvo éxito en doblegar a las organizaciones y militancia sindicales. Por tanto, los estados capitalistas harán menos por combatir internamente esta recesión que la anterior. La “economía de deuda”, como apropiadamente la llama *Business Week*, ha crecido tan espectacularmente en su intento por cerrar la puerta al lobo que otra aceleración adicional en el crecimiento de la deuda amenaza con agravar el probable derrumbe del castillo de naipes financiero, ya demasiado inestable; esto ha hecho que los preocupados banqueros sean aún más prudentes y refuerza el conservadurismo económico. Al mismo tiempo, los recursos financieros e institucionales que antes estaban disponibles para combatir la recesión, como el desarrollo de mercados monetarios especulativos en Europa y Asia y (para contrarrestarlos) la introducción de tipos de cambio flexibles y la coordinación económica internacional mediante conferencias cumbre y demás, ya se han gastado o han fracasado directamente. Además, la válvula de seguridad que los países socialistas y los miembros de la OPEP representaban para el capital a través de su mayor demanda por exportaciones occidentales también se ha agotado y es mucho menos probable que sirva durante esta nueva recesión. Después de la última expansión que tuvieron estas economías, su limitada capacidad para pagar o absorber importaciones ha dado como resultado restricciones que implican que ahora no podrán salir al rescate del capital occidental, como lo hicieron después de 1973. Por tanto, parece que durante esta recesión habrá serias limitaciones a las demandas de consumo, inversión y exportación. Sea como sea, la nueva

recesión empieza con un nivel de desempleo muy superior al anterior a la de 1973-1975, especialmente en Europa y Japón, y el nivel de inversión apenas alcanza al de 1973. Ya que las proyecciones "científicas" de los profetas oficiales e institucionales parece que no pueden o no quieren tomar en cuenta estos factores en la preparación de sus predicciones, generalmente tan optimistas, por ahora sólo podremos imaginar (y revisar en el futuro) el aumento del desempleo actual de 17 millones y la caída en la inversión así como las nuevas restricciones sobre el comercio mundial. En una palabra, nos volvemos a enfrentar a la perspectiva de una recesión que puede ser peor que la de 1973-1975 y que llega en un momento en el que las manifestaciones y consecuencias económicas, políticas y sociales de la última de ningún modo han sido superadas. Esta grave circunstancia es, en sí misma, una característica de la creciente crisis. El informe anual del Fondo Monetario Internacional, publicado en septiembre de 1979, predice una larga y dura recesión mundial, que debe empezar a principios del año siguiente como consecuencia de la debilidad de la economía estadounidense. En su reunión anual, realizada en Belgrado en la misma fecha, el FMI rectificó su predicción para 1980 y dijo que "el crecimiento económico mundial será menor que el porcentaje presentado en el informe anual."

Otra manifestación y consecuencia —de hecho parte integral— de este proceso de profundización de la crisis a través de sucesivas recesiones, es el intento de reducir los costos de producción por medio de políticas de austeridad y restricción de beneficios sociales, que han conducido a un mayor desempleo. Puede demostrarse que en la mayoría de los países capitalistas industriales ha habido una política de desempleo deliberada. Esta y otras recesiones no se deben a la política gubernamental *made in Washington*, como dijo Paul Samuelson refiriéndose a la que acaba de empezar. Las recesiones son una parte esencial de la crisis de la acumulación, que a su vez es un aspecto integral del desarrollo capitalista desigual. Además, puede demostrarse que estas recesiones son promovidas no sólo por las políticas de Washington sino por las de Londres y Bonn, París y Tokio, etc. Por ejemplo, cuando el Senado entrevistó al candidato a dirigir la Reserva Federal (es decir, el banco central de Estados Unidos), Paul A. Volcker, éste dijo que no sabe si hay recesión todavía pero que, con recesión o sin ella, venga lo que venga, la principal tarea no es combatir la recesión actual o futura sino la inflación. Lo cual significa, en términos simples, que va a seguir políticas monetarias y que pedirá al gobierno que siga políticas fiscales destinadas a contener los salarios y disminuir el poder de compra, para combatir la inflación, en lugar de aumentar el poder de compra para luchar contra el desempleo. Por tanto, no es casual ni accidental que el nombramiento de Volcker se haya recibido con júbilo en Bonn, París, Tokio y todas las capitales políticas y financieras del mundo occidental.

En efecto, los dirigentes políticos del mundo capitalista, como el presidente Carter (cuya consigna electoral fue la "lucha contra el desempleo" aunque, como era previsible, pronto la cambió por "la inflación es el enemigo público número uno"), el primer ministro Raymond Barre (iel economista más conocido de Francia!), los ministros laboristas Callaghan y Healey y sus sucesores conservadores Thatcher, Howe y Joseph en Inglaterra, y tantos otros como

ellos, han declarado muchas veces que prefieren seguir políticas (monetarias, fiscales, etc.) deflacionarias y conservadoras para combatir la inflación, aun al costo de provocar el cierre de plantas industriales (como en el caso de las siderúrgicas francesas) y aumentar el desempleo.

El mismo argumento se usa en todas partes: debemos combatir y controlar la inflación porque nos afecta a todos por igual en el plano interno (aunque una característica de la inflación es reducir el ingreso real del trabajo y aumentar el valor real de las propiedades) y, sobre todo, porque nos eliminaría del mercado mundial, reduciría nuestras exportaciones y, por tanto, crearía desempleo. Supuestamente las principales causas de la inflación son el gasto público y las demandas salariales (aunque los salarios son una parte reducida y declinante de los precios de venta y las pruebas demuestran que los precios suben por el intento de proteger las ganancias en las industrias monopolizadas). Estos argumentos se usan en todas partes para defender la imposición de políticas de austeridad y para exigir mesura en el gasto público (con la excepción de gastos en defensa y otros similares, por supuesto) y "responsabilidad" en las demandas salariales de los sindicatos, que deben mantenerse por debajo de la tasa de inflación (lo que da como resultado, en ambos casos, la disminución del ingreso y los salarios reales, especialmente en los niveles más bajos de ingreso). Sin embargo, además de que se basan en fundamentos científicos muy dudosos, estos argumentos conllevan una falacia lógica en su construcción: cuando todos siguen la misma política (como cuando todos se paran de puntas para ver mejor el desfile), nadie mejora sus costos relativos ni su posición de exportación (ni logra ver mejor) a pesar de los esfuerzos; pero todos terminan con menores salarios (o más incómodos). Pero hasta ahí llega la analogía: la disminución del bienestar puede ser una consecuencia totalmente accidental del comportamiento masivo, pero los salarios más bajos no son, sin duda, consecuencias inesperadas de la lucha contra "el enemigo público número uno". Hay razones para creer que la reducción de los salarios es el objetivo económico básico de la consigna política de "pelear contra la inflación" (que todos sienten) a costa del desempleo (que sólo afecta directamente a algunas personas, pero que indirecta e inmediatamente debilita el poder de los trabajadores para defender el nivel salarial y las condiciones de trabajo en todos lados). Dadas estas afirmaciones, teorías y políticas oficiales, no debe sorprender que la prensa capitalista las haya resumido alegremente diciendo: "el mundo necesita una recesión".

En todas y cada una de las economías capitalistas se han impuesto políticas de austeridad para que los trabajadores se aprieten el cinturón, con más éxito en algunos lugares que en otros. Sin duda, en Estados Unidos e Inglaterra los salarios reales han bajado. En otras economías industriales hay algunas pruebas de que los salarios han bajado y otras que indican lo contrario. No obstante, si consideramos no las tasas salariales sino el conjunto de los salarios reales pagados (tomando en cuenta el aumento en el desempleo), es claro que éstos han disminuido desde 1973. Al mismo tiempo, ha habido una reducción concertada de los beneficios sociales en todo el mundo capitalista. La consigna de hoy es el cambio de gastos "improductivos" a "productivos" (incluyendo armamentos, por supuesto); consecuencia: adiós a los

beneficios sociales. Otra manera de bajar los costos de producción es cambiar el modo en que la gente trabaja, reorganizando los procesos de producción en las fábricas y en las oficinas. En general, los nuevos procesos implican la aceleración del trabajo y la “desespecialización” del trabajador.

Estas políticas se han aplicado en la mayor parte del mundo occidental, hasta donde ha sido posible, por medio de gobiernos socialdemócratas y a menudo con el apoyo de los partidos laboristas y comunistas. El apoyo de los comunistas a todas las medidas capitalistas de austeridad ha sido muy notorio en Italia y España. Quizá valga la pena señalar que en España fue el propio secretario general del Partido Comunista Español, Santiago Carrillo, quien tomó la iniciativa de proponer las medidas de austeridad en el llamado Pacto de la Moncloa, después de la elección del primer ministro Adolfo Suárez. Las políticas de austeridad e ingresos también se aplican en muchos lugares con la colaboración directa de los sindicatos, incluidos algunos comunistas como en Italia, que piden a sus miembros apretarse el cinturón. El argumento es la política del mal menor, de acuerdo con la cual es mejor apretarse el cinturón voluntariamente que verse obligado a hacerlo por un gobierno de derecha o, como dirían los comunistas italianos, fascista. En muchos lugares esta política sindical y comunista ha dado como resultado una considerable militancia de los cuadros medios y revueltas en las bases. Esto ha sido más evidente en Italia e Inglaterra, donde los trabajadores rechazaron el contrato social y la colaboración con las políticas de austeridad del gobierno que los líderes sindicales habían apoyado. (El PC español y sus sindicatos han decidido repentinamente oponerse a tales políticas, pero habrá que ver hasta qué grado.) En Inglaterra, este aumento de la militancia en las fábricas ha decidido al recién elegido gobierno conservador a acortar las riendas a la movilización laboral y a los sindicatos mediante todo tipo de acciones legales contra las huelgas y otras manifestaciones de los trabajadores, llegando incluso a la aplicación de políticas explícitas para aumentar y usar el desempleo como medida disciplinaria. En el pasado (la derecha espera que también en el futuro) un aumento significativo en el desempleo hacía extremadamente difícil la acción sindical para obtener mayores salarios o incluso para mantener los reales. Por cierto, para que el capital recupere niveles “adecuados” de ganancia y el impulso inversor que saque al capitalismo de la actual crisis de acumulación y comience un nuevo período de expansión, se requiere no sólo una nueva base tecnológica, sino que la introducción rentable de nueva tecnología y la inversión correspondiente tendrán que basarse en otra importante derrota política de los trabajadores, como sucedió entre los veinte y los cuarenta. Estas circunstancias han conducido a cambios muy marcados hacia la derecha en la mayor parte de los países industrializados. Inglaterra y Alemania son casos obvios, y también Estados Unidos. Hoy en día parece realista pensar en Joseph Strauss como próximo primer ministro de Alemania. Comparado con Strauss, Ronald Reagan parece un socialdemócrata o, incluso, un revolucionario, y Jimmy Carter predice que Reagan será su oponente republicano. Los cambios notables hacia la derecha no sólo se manifiestan en el nivel político, sino en otros campos como la educación (donde ha habido una contraofensiva contra las medidas progresistas de los sesenta), la salud, la inmigración, las

relaciones raciales y sexuales (contra el movimiento de liberación de las mujeres) y en el nivel ideológico en general, donde la “nueva derecha” avanza a pasos agigantados en la mayoría de los países capitalistas industrializados.

Los socialdemócratas se encuentran relativamente inermes frente a estos cambios hacia la derecha. Las políticas económicas y sociales keynesianas y neokeynesianas han demostrado que no sirven más, sobre todo en una economía que sufre la llamada “estanflación” (o “reinflación”, durante la recesión de 1973 a 1975), que implica desempleo e inflación simultáneos. El keynesianismo servirá aún menos durante la recesión de 1979-1980 (¿o 1981?) que está empezando. La razón aparente es que la medicina keynesiana sirve para aumentar el poder de compra si hay desempleo (pero a costa de un aumento de la inflación), o para reducir el poder de compra si hay inflación (lo que sin duda aumenta el desempleo). Por consiguiente, cuando gobiernos y economistas se enfrentan simultáneamente al desempleo y la inflación, se quedan sin ninguna política keynesiana. No hace mucho el *New York Times* aconsejaba seguir una política económica prudente: ni aumentar el poder de compra para combatir el desempleo ni restringirlo para luchar contra la inflación. Es decir, la política económica prudente de hoy es no hacer nada porque los economistas y los gobiernos realmente no saben qué hacer. No es de extrañar que *Business Week* diga que la American Economic Association sólo se preocupa por trivialidades y no sabe cómo afrontar ninguno de los urgentes problemas económicos, y que la economía está en completa bancarrota intelectual y política. Esta es una evaluación muy realista que hace la comunidad empresarial, pero vale no sólo para la “ciencia” económica poskeynesiana sino, en general, para la ideología socialdemócrata de la posguerra. El sueño norteamericano de más y mejor prosperidad continua ha terminado en Estados Unidos y en el resto de Occidente. En su famoso discurso del 15 de julio de 1979, el presidente Carter dijo que la gran mayoría de los norteamericanos piensa que los próximos cinco años serán peores que los cinco últimos. Su afirmación es realista, pero debió añadir que los últimos cinco ya fueron peores que los anteriores 25. Esta crisis de confianza confronta a la derecha, a la izquierda y al centro con una creciente crisis ideológica sobre qué ofrecer. El mismo discurso de Carter es una manifestación de bancarrota ideológica total. El único acuerdo en los comentarios sobre ese discurso fue que no ofrecía absolutamente ninguna solución a la crisis de confianza (que refleja la decadencia del poder económico y político de Estados Unidos o, en otras palabras, de su poder imperialista) o siquiera a la crisis de energéticos, que el propio Carter considera un subproducto de esta crisis de confianza.

Se puede cuestionar si la izquierda ha escapado a la crisis de confianza y a la ideológica. Las declaraciones oficiales y oficiosas citadas, según las cuales todo va bien, quizá no sean más que hojas de parra para cubrir una grave crisis ideológica de la izquierda también. Esta crisis ideológica de la izquierda socialista y del marxismo es un reflejo o contraparte de una crisis económica y política real, y también se manifiesta en los llamados países socialistas, desde la Unión Soviética hasta China y los países socialistas pequeños de la Europa Oriental, el Sudeste Asiático y quizá también Cuba. Estos países también están envueltos en la crisis político-económica de

Occidente (así como en la suya propia, a menos que ambas sean parte de una misma crisis en un sistema mundial único, cuestión a la que nos referimos más adelante). Aunque no es bueno apoyarse en la autoridad, quizá convenga citar al camarada Brezhnev, quien dijo que “dados los amplios vínculos económicos entre los países capitalistas y socialistas, los efectos nocivos de la crisis actual de Occidente también han repercutido en el mundo socialista”. El camarada Zhikov, primer ministro de Bulgaria, fue más lejos: “es deseable que la crisis por la que atraviesa Occidente termine rápidamente, ya que afecta y crea incertidumbres para la economía búlgara, que hasta cierto punto depende del comercio con los países occidentales”. Estos líderes de países “socialistas” reconocen no sólo que la crisis capitalista mundial los afecta negativamente, sino que esperan y piden que la crisis desaparezca para seguir operando con normalidad. Eso es en sí mismo elemento y manifestación de una crisis muy seria del socialismo y del marxismo; en el pasado, y aun durante la última crisis grave del capitalismo, ésta fue bienvenida por los socialistas marxistas, al suponer que sentaría las bases para la posible destrucción revolucionaria del capitalismo y su sustitución por el socialismo. El hecho de que países “socialistas” como la Unión Soviética, Bulgaria y otros de Europa Oriental (sin mencionar a China, que ha entrado en una alianza política y económica con Estados Unidos y Japón contra la Unión Soviética) esperen que la crisis termine y colaboren activamente con el capitalismo para superarla (e incluso compitan entre sí para ayudarlo), significa que el socialismo y el marxismo sufren una crisis ideológica muy grave. Los países “socialistas” están claramente comprometidos de palabra, y más aún por sus acciones, con el mantenimiento del capitalismo en Occidente —en efecto, desean que prospere y cuanto más, mejor—; a todos los efectos, estos “socialistas marxistas” parecen haber abandonado la esperanza en el derrumbe del capitalismo en Occidente y las políticas que contribuirían a lograrlo.

En el campo económico este apoyo “socialista” al capitalismo occidental es visible en la acelerada integración o reintegración de las economías socialistas a la división internacional capitalista del trabajo por medio del comercio y la producción. Durante la última década los países “socialistas” han aumentado enormemente su comercio con Occidente para importar su tecnología. Como resultado, han tenido un déficit en su balanza de pagos, que cubren en parte con grandes deudas hacia Occidente, las que han aumentado de 7 000 millones de dólares en 1971 a cerca de 60 000 millones en la actualidad. Parcialmente los países “socialistas” cubren su déficit con Occidente —esto es muy significativo desde el punto de vista político— por medio de su superávit de balanza de pagos con los países subdesarrollados del Tercer Mundo, con los cuales también tienen vínculos comerciales crecientes. Así, los países socialistas importan tecnología de Occidente y para pagarla exportan dos terceras partes de combustibles y materias primas y una tercera parte de manufacturas. Pero las exportaciones socialistas al Tercer Mundo, a su vez, consisten de dos terceras partes de productos manufacturados de bajo nivel tecnológico y sus importaciones consisten de dos terceras partes de materias primas. Esto es, las economías socialistas ocupan un lugar intermedio en la división internacional del trabajo: la relación Este Socialista-Tercer Mundo es similar a la relación Occidente Capitalista-Este Socialista.

Esta política de integración y cooperación económicas entre los países llamados socialistas y los capitalistas del Occidente y el Sur va más allá del simple comercio e incluye cada vez más una complicada red de acuerdos productivos. Las empresas occidentales producen en los países socialistas a través de complejos convenios, que abarcan desde las licencias hasta la inversión, en los que ellas aportan la tecnología, el conocimiento práctico y a menudo la administración y la comercialización, mientras que los anfitriones aportan mano de obra capacitada y barata, así como disciplina laboral, es decir, garantías contra huelgas. Incluso China, famosa por su política de autodeterminación, y Vietnam, que en buena medida ganó la guerra contra el imperialismo estadounidense gracias a su política de autodeterminación militar y política (a pesar de la ayuda militar de la Unión Soviética y de China), ahora permiten y hasta estimulan la inversión extranjera en sus economías (en el caso de Vietnam, admitiendo 100% de propiedad extranjera en la fabricación de productos manufacturados para el mercado mundial). Así, el Occidente capitalista produce cada vez más en los países “socialistas”, a bajos costos, para exportar a Occidente y al Tercer Mundo.

Este aumento de la producción y del comercio con las economías socialistas representa, para el capital occidental, uno de los medios importantes para detener y revertir la marea de la creciente crisis económica. Esta válvula de seguridad “socialista” para la crisis capitalista se manifestó de modos particulares durante la recesión de 1973-1975, cuando los bienes de capital que no encontraban mercado en Occidente fueron comprados por los países del Este y de la OPEP, ayudando así a mantener a flote los negocios occidentales. La misma ayuda “socialista” se manifiesta económicamente en los menores costos de producción que representa producir en el Este, gracias a los subsidios otorgados por la sociedad “socialista”; políticamente, se manifiesta a través de la amenaza capitalista —varias veces utilizada— de trasladar las plantas productivas a un país socialista si la militancia sindical no se “autodisciplina” en su país de origen.

Surge entonces la pregunta de si los países “socialistas” forman un “mundo socialista”, distinto y separado del sistema capitalista mundial, o si todavía y cada vez más son parte integral de la división capitalista mundial del trabajo, la producción y el comercio y, por ende, del sistema capitalista (social y político) mundial. Stalin afirmó un año antes de morir que existen dos mercados mundiales; aunque la historia ha demostrado su error, mucha gente todavía afirma que existen dos sistemas sociales (aunque casi nadie que hay sólo dos sistemas políticos). En efecto, muchos marxistas y otros que no lo son alegan que, si bien es posible que sólo haya un único mercado mundial (capitalista), la ley capitalista del valor y las fuerzas del mercado no actúan en las economías socialistas. Sin embargo, es indudable que estas fuerzas capitalistas sí operan en Yugoslavia, con todo y competencia, monopolio y desempleo; cada vez hay más pruebas de que también operan en la Europa Oriental “socialista”. La reciente violación de Rumania a los acuerdos del CAME, al aplicar repentinamente a los turistas de Europa Oriental altos precios en divisas (capitalistas) por la gasolina, es sólo una manifestación espectacular de la difusión hacia el Oriente de la inflación capitalista mundial y de la reorganización eco-

nómica. Esta “reforma” económica para adaptar a los requerimientos de la competencia en el mercado capitalista mundial la organización, el financiamiento, los precios, las variedades, la calidad, los procesos y la comercialización de la producción interna ha sido muy deliberada en Hungría. Además, aunque los países socialistas pueden “planear” sus economías, el incumplimiento de las metas de crecimiento del actual plan quinquenal de la Unión Soviética (sólo se logró poco más de la mitad de lo planeado) y de la mayor parte de los países de Europa Oriental sugiere que, cualesquiera que sean sus serias dificultades internas, están relacionadas con el desarrollo de la crisis en Occidente que, sobre todo para Europa Oriental, ha aumentado los costos de importación y restringido las posibilidades de exportación para cubrirlos. Por consiguiente, la ley capitalista del valor (y no una socialista y distinta, como decía Stalin) sí parece operar en las economías socialistas, aunque quizá menos (¿todavía?) en la soviética y la china, relativamente más autónomas (a pesar de que esos países también han seguido el aumento en el precio del petróleo de la OPEP en sus ventas al exterior, incluso en las que hacen a otros países socialistas). Si algunas de estas economías socialistas logran resolver estos problemas durante la presente crisis (como promete Deng Xiaoping para la China del año 2000, a través de las cuatro modernizaciones), surge otra pregunta irónica: ¿quiere decir esto que sólo algunos países que han pasado por una “revolución socialista” podrán sumarse al pequeño círculo de las economías metropolitanas del sistema capitalista mundial, mientras que las economías capitalistas intermedias— como Brasil e Irán— no podrán hacerlo? Sin embargo, la intensa rivalidad entre países “socialistas”, que llega a bordear la guerra, les plantea un serio obstáculo, ya que cada uno de ellos —hasta ahora la Unión Soviética, China y Vietnam— trata de evitar que otro logre el éxito. (Esta rivalidad tan intensa entre estados socialistas que se enfrentan para ganar posiciones mundiales o regionales de liderazgo, así como las alianzas resultantes —que de otro modo serían sorprendentes— con el lema de “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”, recuerdan la fuerte competencia y las alianzas entre Estados Unidos, Alemania, Francia, Rusia y Japón por obtener las posiciones que abandonaba el imperio británico en decadencia durante los períodos de crisis y de guerras mundiales y regionales del último siglo.)

Un aspecto aún más claro de la integración “socialista” al mundo capitalista es la distensión entre la Unión Soviética y Estados Unidos, que no se debe simplemente (quizá ni siquiera en lo fundamental) a la necesidad de la coexistencia pacífica bajo la espada nuclear de Damocles, sino que también es la contraparte política de una creciente integración económica. Quizá convenga citar al señor Kissinger: “La clave de la estrategia de Estados Unidos hacia la Unión Soviética ha sido crear intereses mutuos para preservar el orden internacional. Las relaciones entre ambos países se han hecho tan estables que ya no se podrían esperar nuevos cambios dramáticos”. Por su lado, el señor Brezhnev añadía que “estaremos contentos si nuestros esfuerzos por mejorar las relaciones soviético-norteamericanas ayudan a que más y más países se plieguen al proceso de distensión, ya sea en Europa o en Asia, en África o en América Latina, en el Cercano o en el Lejano Oriente”. Por otra parte, el eje Washington-Pekin-Tokio que está surgiendo no requiere comentarios. La política exterior china —de alianzas visibles e

invisibles con cualquiera que colabore con su política anti-soviética— habla por sí misma. Parece que su único lema es “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”, ya se trate del sha de Irán, los títeres de la CIA en África, el senador Jackson en Estados Unidos o Joseph Strauss en Alemania Occidental, favoritos de los chinos porque representan las más ansiosas fuerzas antisoviéticas de Occidente. Esto no significa que la política soviética sea mejor en ese sentido: aunque la historia de los años recientes demuestra que la Unión Soviética ha apoyado algunas causas progresistas, también ha apoyado otras muy reaccionarias como, por ejemplo, a Lon Nol en Camboya, al régimen de Videla en Argentina o a Marruecos, con el cual la URSS ha incrementado considerablemente su comercio. A pesar de su apoyo a algunos movimientos de liberación nacional aquí y allá y de algunas defensas entre los No Alineados, objetivamente no sería realista —de hecho es injustificadamente optimista— esperar que la política exterior de la Unión Soviética (y mucho menos las de China o Vietnam) en lo económico, diplomático o militar, apoye en el futuro previsible la transformación de algún movimiento de liberación nacional en revolución socialista, en África o en cualquier otra parte; sobre todo si su propia conveniencia aconseja que los intereses nacionales o socialistas de otros sean abandonados a su suerte o incluso atacados, como en Somalia, Eritrea y el sudeste asiático. El lema del “internacionalismo proletario” suena cada vez más vacío, si no es que trágico.

El Tercer Mundo fue y sigue siendo una parte integral y muy importante de la economía capitalista mundial. A menos que las clases trabajadoras en el Occidente y en el Sur lo puedan impedir, el Tercer Mundo desempeñará un papel fundamental en el intento del capitalismo de detener y revertir la marea de la creciente crisis económica. En primer lugar, como el Tercer Mundo es parte integral del mundo capitalista, la crisis inmediatamente se transmite del centro al Tercer Mundo a través de los crecientes déficit en las balanzas de pagos. Mientras la demanda en los países industrializados disminuyó o creció más lentamente, los precios de las materias primas exportadas —exceptuando al petróleo— bajaron o aumentaron más despacio. Al mismo tiempo, la gran inflación mundial incrementó los precios de los productos manufacturados que importa el Tercer Mundo. Por consiguiente, los términos de intercambio han cambiado de nuevo en contra de los países subdesarrollados durante esta crisis (a pesar del aumento temporal en los precios de las materias primas en 1973-1974, que se revirtió completamente después de 1974), y los países no exportadores de petróleo del Tercer Mundo han afrontado problemas cada vez más graves de balanza de pagos y un enorme crecimiento de su deuda externa. Además, no es casual ni accidental que el superávit de la OPEP equivalga aproximadamente al aumento en el déficit de balanza de pagos del Tercer Mundo, lo cual sugiere que los países subdesarrollados han absorbido la mayor parte de los aumentos en el precio del petróleo desde 1973.

Una parte importante del superávit de la OPEP se ha recirculado al Tercer Mundo, a través de bancos de los países metropolitanos imperialistas, para cubrir sus déficit de balanza de pagos, sobre todo en forma de préstamos privados en condiciones y con costos cada vez más onerosos. A su vez, las crecientes deudas se suelen utilizar como instrumento político para imponer al Tercer Mundo políticas de auste-

ridad y super-austeridad. Este chantaje por medio de la renegociación y ampliación de las deudas ha recibido mucha publicidad en la prensa, especialmente en los casos de Zaire y Perú, pero también se ha convertido en un procedimiento habitual del FMI y de los bancos privados con todos los países del Tercer Mundo. Cuando sus deudas externas aumentan, tienen que refinanciarlas a través de bancos privados o de préstamos oficiales. Entonces el FMI le dice al gobierno que si no devalúa la moneda para abaratar las exportaciones y la inversión extranjera, baja los salarios, reduce el presupuesto gubernamental (especialmente en gastos de seguridad social) y toma otras medidas antipopulares, y si no quita al ministro A y lo sustituye por el ministro B (quien es más probable que instituya las políticas sugeridas por el FMI), el país no obtendrá el certificado de buena conducta del FMI sin el cual es imposible conseguir préstamos oficiales ni de bancos privados. Este club político-económico se ha utilizado para forzar a los gobiernos del Tercer Mundo a adoptar políticas de super-austeridad. Sin embargo, lo mismo le sucedió a Portugal y también a Inglaterra. Cuando en 1976 el FMI, dirigido por Estados Unidos, ofreció a Inglaterra un préstamo por 3 900 millones de dólares, le dio virtualmente el mismo tratamiento que antes había reservado para las repúblicas bananeras; quizá esto indica que Inglaterra se está subdesarrollando hacia una forma de país pseudo-tercermundista. No obstante, así como el desempleo y la recesión no se deben simple o principalmente a las decisiones de los gobiernos, tampoco las medidas de super-austeridad en el Tercer Mundo son sólo el resultado de las presiones de los países capitalistas industrializados a través del FMI. Estas presiones políticas externas refuerzan tendencias que tienen una base económica mucho más amplia: el intento capitalista de mantener o revivir la tasa de ganancia produciendo más barato en el Tercer Mundo (y también en los países socialistas), con apoyo político nacional para aplicar estas medidas represivas.

Los costos de producción se reducen particularmente al trasladar al Tercer Mundo las industrias intensivas en mano de obra, como textiles y la producción de cierto tipo de material electrónico, pero también algunas intensivas en capital, como acero y automóviles. Quizá sea simbólico que el Volkswagen sedán ya no se produzca en Alemania sino en México, para exportarlo a otras partes del mundo. Desde el punto de vista de la economía capitalista mundial, esto es una transferencia parcial de la producción industrial hacia zonas de bajos costos. Desde el punto de vista del Tercer Mundo, representa una política de promoción de exportaciones, sobre todo de las llamadas no tradicionales. La promoción de exportaciones industriales del Tercer Mundo parece tener dos orígenes distintos. Por un lado, los países que más avanzaron en el proceso de sustitución de importaciones, como la India, Brasil y México, empezaron a exportar algunas de sus manufacturas, desde textiles hasta automóviles (algunas producidas por empresas transnacionales) que en un principio se fabricaban para sustituir importaciones. Por otro lado, el capital extranjero instaló en otros países del Tercer Mundo plantas concebidas desde el comienzo para exportar en lugar de producir para el mercado interno. Este movimiento empezó en los sesenta con México (que combinó ambos tipos de industria en diferentes regiones) en la frontera con Estados Unidos, y en Corea del Sur, Formosa, Hong Kong y Singapur. En los setenta se

extendió a Malasia, las Filipinas y, sobre todo, a la India, Paquistán, Sri Lanka, Egipto, Túnez, Marruecos, Costa de Marfil y prácticamente a todos los países del Caribe. Estas economías ofrecen mano de obra barata y compiten entre sí con subsidios estatales para proporcionar infraestructura, electricidad, transporte, estímulos fiscales y todo tipo de incentivos al capital extranjero para producir allí con destino al mercado mundial. En el caso de Chile, la junta militar incluso llegó a ofrecer pagar parte de los salarios de hambre para que el capital extranjero mantuviera sus costos bajos.

Para mantener estos bajos salarios y de hecho reducirlos debido a la competencia entre países por ofrecer condiciones más favorables al capital internacional, son imprescindibles la represión política, la destrucción de los sindicatos y la prohibición de las huelgas y otras actividades sindicales, así como el encarcelamiento, la tortura y el asesinato de dirigentes sindicales y políticos y, en general, la imposición del estado de emergencia, la ley marcial y gobiernos militares en más y más países subdesarrollados. En efecto, todo el aparato estatal tiene que adaptarse a este papel del Tercer Mundo en la nueva división internacional del trabajo.

Este movimiento represivo se ha extendido sistemáticamente en Asia, Africa y América Latina en el curso de los setenta, y es indudable que no se debe simplemente a cierto tipo de impulso político autónomo por combatir al comunismo (lo que de todos modos se ha convertido en una política dudosa, ahora que Estados Unidos tiene aliados socialistas y cuando algunos países de este campo colaboran con estos regímenes represivos). Puede demostrarse que esta política represiva tiene propósitos y funciones económicas muy claras: hacer a estas economías más competitivas en el mercado mundial por medio de la reducción de los salarios y suprimir a los elementos de la burguesía local que están atados al mercado interno. A fines de los sesenta y principios de los setenta, este sector de la burguesía presionó en muchos países del Tercer Mundo para que se introdujeran algunas restricciones a las operaciones de las empresas transnacionales. Desde entonces, tales restricciones han desaparecido progresivamente y ahora los gobiernos se tropiezan unos con otros en su campaña por atraer al capital internacional.

La consigna actual es trabajar para el mercado mundial, no para el interno. El mercado interno ya no es, ni se pretende que sea, la fuente de la demanda para la producción nacional; ese papel se atribuye al mercado mundial. Por tanto, no hay razón para aumentar los salarios de los productores directos, ya que no están destinados a comprar los bienes que ellos mismos producen, bienes que se venderán en el lejano mercado mundial. Una excepción importante es el reducido estrato local de altos ingresos, que supuestamente debe expandirse. Así, no sólo se genera una polarización de ingresos entre países desarrollados y subdesarrollados; también hay una polarización del ingreso dentro de cada país subdesarrollado, donde los pobres se hacen más pobres, tanto en términos relativos como absolutos, y los ricos más ricos. En algunos casos, como en Brasil hasta 1974 (aunque menos desde entonces), el intento de desarrollar un mercado de altos ingresos para una parte de la industria local ha tenido mucho éxito. Sin embargo en este país, como en otros del Tercer Mundo, ese "modelo de desarrollo" se basa

en la depresión de los salarios (que, en consecuencia, se han reducido a cerca de la mitad en Brasil, Uruguay, Argentina y Chile, y se están reduciendo cada vez más en Perú y otros lados), y en la marginación y el desempleo forzados de los trabajadores (que ya han aumentado enormemente en el Tercer Mundo y siguen en aumento). Estos dos procesos están incrementando rápidamente la depauperación de las masas y la polarización de la sociedad. Además, como en general el mercado interno tiene que restringirse, también hay que reprimir al sector de la burguesía que depende de él, como ocurrió en Chile y Argentina. Por consiguiente, el gran capital debe instituir un gobierno militar que reprima no sólo a los trabajadores sino incluso a un sector de la burguesía y de la pequeña burguesía. La alianza gobernante se da entre el sector del capital nacional vinculado con el internacional y sus ejecutores militares y políticos. Este arreglo implica una reorganización muy sustancial del Estado en el Tercer Mundo y en muchos casos su militarización, para que éste pueda participar con más eficacia en la división internacional del trabajo, al servicio de los intereses del capitalismo en los países imperialistas, donde se enfrenta a una crisis económica, y de sus aliados en el Tercer Mundo (es decir, el capital monopolista de Estado).

En algunos lugares desde fines de 1976, y en otros desde 1977 y 1978, parece haber habido un cambio en esta tendencia hacia los golpes militares, el estado de emergencia, la ley marcial, etc. Hubo elecciones en la India y Sri Lanka, pseudo-elecciones en Bangladesh y las Filipinas, elecciones en Ghana y Nigeria (con la promesa de sus regímenes militares de entregar el gobierno a civiles), se anuncian elecciones en varias partes de América Latina y quizá una significativa liberalización del régimen militar en Brasil. Algunos atribuyen estos cambios a la política de derechos humanos del presidente Carter, aunque es difícil defender su eficacia cuando en varios casos cruciales estuvo ausente o se supeditó a intereses nacionales superiores. Otros atribuyen la liberalización a la creciente movilización de masas en muchos lugares del Tercer Mundo. Otros analistas consignan estos cambios aparentes como resultado de un supuesto fracaso de la nueva política de promoción de exportaciones y —ciertamente, de acuerdo con muchos brasileños— a la renovada y prometedora perspectiva de la política de sustitución de importaciones y de la ampliación del mercado interno. Sin embargo, en este momento no se observa ninguna reorientación de las economías del Tercer Mundo en ese sentido. Un vuelo generalizado hacia el proteccionismo, o un colapso sustancial del sistema de comercio y finanzas internacionales en otras partes del mundo, instigarían e impulsarían objetivamente la aplicación de esta renovada política de sustitución de importaciones. A medida que se agrava la crisis económica mundial, hay que reconocer que esto se convierte en una clara posibilidad; pero hasta ahora no ha sucedido. En el Tercer Mundo, la progresiva sustitución de importaciones de bienes de consumo —aunque menos la de bienes de capital destinados a producir para la exportación— requeriría una distribución del ingreso relativamente más igualitaria y un régimen político más benigno, que permitiera o reflejara una coalición o alianza más amplia de sectores de clases. En otras palabras, esta gente sostiene que los días oscuros de mediados de los setenta han terminado y que ahora nos enfrentamos de nuevo a la perspectiva de una redemocratización o al menos de democracia limitada en muchas partes

del Tercer Mundo. Incluso este grado de democracia ofrecería mejores condiciones para la movilización popular y para la continuación o aceleración de los movimientos de liberación nacional y de las revoluciones socialistas en diversos países del Tercer Mundo.

Por otro lado también puede afirmarse, con pruebas en la mano, que estas evoluciones recientes no representan una marcha atrás en el nuevo modelo de integración económica a la división internacional del trabajo, que hubiera surgido como respuesta a la crisis mundial, sino que esta aparente democratización no es más que la institucionalización del nuevo modelo de crecimiento económico basado en la promoción de exportaciones. Para instituir el modelo fue necesaria una represión política muy severa, pero una vez implantado y en relativo funcionamiento, se la puede aflojar un poco. En realidad, en esa etapa no sólo es posible sino que se hace necesario y deseable, desde el punto de vista político, conseguir una base social más amplia para el régimen e instituir un tipo de democracia limitada, por medio de la entrega del gobierno de los militares a los civiles. Empero, estas modificaciones no se harían para trastocar el actual orden económico y volver a promover la sustitución de importaciones, ni mucho menos para impulsar el llamado crecimiento no capitalista o algunas variedades de "socialismo". Más bien esta supuesta redemocratización tendría como objeto mantener e institucionalizar la nueva inserción del Tercer Mundo en la división internacional del trabajo, como productores con bajos salarios, durante la crisis mundial actual. Si observamos con realismo lo que está sucediendo en Asia, Africa y América Latina, veremos que hay gran cantidad de pruebas políticas y económicas para apoyar esta explicación de lo que sucede hoy en día en el Tercer Mundo.

La contraparte política de esta salida económica es la renovada alianza populista de los trabajadores y otras fuerzas y partidos populares con algunos sectores burgueses. Esta alianza presionaría por el mejoramiento de los regímenes políticos represivos y por su remplazo gradual con otros de apariencia más democrática pero de esencia tecnocrática, para aplicar básicamente la misma política económica exclusivista y antipopular. En busca de esas alianzas tan poco santas en el Tercer Mundo, ahora parece oportuna (oportunistamente) la resurrección de toda clase de políticos olvidados y aun de sus fantasmas. Estos políticos no tenían apoyo de la izquierda en sus buenos tiempos, cuando seguían políticas no muy progresistas, pero lo tienen ahora para aplicar políticas mucho más derechistas que las anteriores. Sin embargo, estas políticas derechistas parecen un mal menor comparadas con las de los recientes regímenes militares. Por tanto, a falta de opciones mejores, la oposición, incluida la izquierda, apoya ahora a dirigentes políticos civiles del pasado, como Frei en Chile, Siles Zuazo en Bolivia, Magalhaes Pinto en Brasil, Awolowo y Axikwe en Nigeria, Aquino en las Filipinas, Pramaj en Tailandia, Indira Gandhi en la India e incluso al fantasma de Bhutto en Paquistán y acepta a nuevos ancianos como el ayatola Jomeini en Irán para que dirijan movimientos "progresistas" que probablemente van a mantener lo esencial del *statu quo* y que, por cierto, no ofrecen ninguna opción real de desarrollo.

En la medida en que estas políticas y políticos son una

opción realista para el Tercer Mundo, han caído en una bancarrota total la teoría y la ideología ortodoxas del desarrollo, así como la teoría progresista de la dependencia y la nueva teoría de la dependencia (no tan revolucionaria como se esperaba), para no mencionar la teoría china de “los tres mundos” ni la soviética de la tercera vía, supuestamente “no capitalista”, para la liberación nacional, la democracia y el socialismo o sus variantes. En estas circunstancias, ninguna de esas teorías e ideologías ofrece opciones realistas de política y directrices político-económicas prácticas para lograr el desarrollo económico o la liberación nacional, y mucho menos la construcción del socialismo. El desarrollo nacional independiente en el Tercer Mundo ha demostrado ser una trampa y una ilusión, y la autodeterminación colectiva o individual es un mito para esconder esta triste realidad del sistema capitalista mundial. Estos compromisos políticos de quienes se dicen socialistas revolucionarios —y particularmente de los partidos comunistas— en el Tercer Mundo son otra muestra de la crisis ideológica de la izquierda frente a la actual crisis mundial.

Además de los perturbadores sucesos recientes en el sudeste asiático, algunos hechos actuales en África y en América Latina ilustran —de hecho manifiestan— estos dilemas. A pesar de la ayuda cubana y el apoyo soviético —incluso algunos dicen ahora que debido a ellos— hay muy pocas pruebas de que Angola se esté acercando a la autodeterminación, no se diga el socialismo, y ha reprimido a algunas fuerzas políticas internas que querían avanzar más rápido o más lejos en esa dirección. En lugar de eso, después de que la Unión Soviética demostró expresamente que no quiere una Cuba angolana en sus manos, el gobierno del MPLA hace todo lo posible por mantener y aumentar sus vínculos económicos con Occidente y promueve la inversión extranjera capitalista. Angola también cultiva las relaciones más amistosas posibles con Mobutu en el norte y con quienes quieren un arreglo en Namibia en el sur. El Frelimo de Mozambique está haciendo los mayores esfuerzos para promover el desarrollo nacional por medio de la autodeterminación, pero hasta ahora no ha podido librar al país de la fuerte dependencia respecto de Sudáfrica ni del cauteloso compromiso con Zimbabwe-Rhodesia. El apoyo socialista al régimen de Mengistu en Etiopía también ha condescendido con la amplia represión, tanto de reaccionarios como de revolucionarios, para no hablar del sacrificio de las fuerzas progresistas en Somalia y el feroz combate contra las socialistas y de liberación nacional en Eritrea.

Por otro lado, aunque Cuba ha hecho sentir fuertemente su presencia en África, hasta hace poco su actuación y su apoyo material abierto habían sido muy poco conspicuos en Nicaragua y en otros lugares de América Latina, sin duda por muy buenas razones objetivas. Más aún, cuando los sandinistas derrotaron a la dictadura somocista, Fidel invitó a sus líderes a la celebración del 26 de julio de 1979 y en su discurso dijo enfáticamente —según la interpretación del *New York Times* y de los comentaristas de la televisión estadounidense— que Nicaragua no sería otra Cuba. Esta afirmación probablemente refleja una evaluación realista de Fidel sobre las limitaciones objetivas y subjetivas que surgen de la composición de la Junta y del propio movimiento sandinista (que, después de todo, fue apoyado por las fuerzas burguesas no somocistas dentro de Nicaragua y por los gobiernos, no

muy revolucionarios, de Costa Rica, Panamá y Venezuela en el exterior). La declaración de Fidel también refleja las limitaciones objetivas actuales en otras partes de América Central, de América Latina y del resto del mundo, así como muy particularmente las que experimentan y transmiten Cuba y la Unión Soviética. Estas limitaciones objetivas deberían hacernos preguntar de nueva cuenta si la situación es en verdad tan excelente como dicen los chinos y si el socialismo realmente está avanzando a grandes pasos. Haríamos bien en recordar que, como dijo Marx, el hombre (escribió antes del movimiento de liberación femenina) o los pueblos hacen su propia historia, pero no enteramente como quisieran sino sujetos a ciertas limitaciones objetivas.

Estas reflexiones sobre la vida en el mundo real plantean tres cuestiones adicionales, a las cuales sólo podemos dedicar mucho menos atención de lo que su importancia exige. Estas cuestiones son la guerra, el nacionalismo y —especialmente a partir de ambas— si el mundo real en que vivimos está formado por dos o más sistemas económicos, sociales y políticos que percibimos en forma subjetiva y por incontables sistemas nacionales, o si ese mundo en crisis en el que vivimos es objetivamente uno sólo.

El desarrollo de la crisis o la crisis del desarrollo generan crecientes intentos nacionalistas por manipular o incluso escapar de la realidad e intentos cada vez más beligerantes para resolver la crisis. La competencia económica y la rivalidad política, que se han intensificado, toman cada vez más la forma de amenazas o de verdaderas guerras en el Tercer Mundo y, ahora, entre estados socialistas. Los conflictos armados se derivan de problemas fronterizos, generados a su vez por disputas sobre recursos, lealtades nacionales y religiosas, y especialmente por la posición y composición política de los gobiernos vecinos (como en Kampuchea, Uganda y Nicaragua), que son defendidos o enfrentados, cuando no derrocados, por una coalición de fuerzas políticas y militares internas con otras vecinas, lejanas y con alguna superpotencia. Las pretendidas justificaciones ideológicas de tales políticas con frecuencia parecen pretextos para cubrir otros intereses, menos defendibles en público, y las líneas y alianzas ideológicas se adaptan con rapidez a las circunstancias cambiantes, como en los casos de Kampuchea, en el sudeste asiático, o de Etiopía y sus vecinos en el Cuerno de África.

Aparentemente la fuerza motriz más extendida y poderosa en esta crisis de desarrollo y desarrollo de la crisis es el nacionalismo, que algunas veces se combina con la religión. Distintos intereses y lealtades nacionalistas, étnicas y religiosas parecen mover y definir a las superpotencias, a sus retadores y a los demás estados, en sus mutuas rivalidades por participar en el desarrollo mundial. Las tensiones y los conflictos, que a menudo tienen su origen en las restricciones y reajustes impuestos por la crisis económica mundial, encuentran su expresión más viable, desde el punto de vista político, en las combinaciones o coaliciones de movimientos nacionales, regionales, étnicos y religiosos dentro de los estados “nacionales” y sus zonas de influencia. En Europa Oriental, los sentimientos antisoviéticos, anticomunistas y religiosos (quizá en ese orden de importancia) se expresaron a través del sentimiento católico polaco, probablemente más nacionalista que religioso, que sacó a las calles a cinco

millones de personas para ver al Papa cuando visitó su tierra natal. Sin embargo, el sentimiento nacionalista, regionalista y religioso también se está convirtiendo en el vehículo más popular de oposición en otras partes de Europa Oriental, así como, particularmente, en Asia Central y otras regiones no rusas de la Unión Soviética. También en China las recientes luchas por las líneas ideológicas y el poder político se han combinado con problemas de origen nacional o regional. El éxodo de refugiados de Vietnam, en su mayoría de origen o ascendencia china, así como la expulsión —políticamente muy significativa— de funcionarios del mismo origen y de otras minorías de sus puestos de dirección en el Ejército de Liberación y en el Partido Comunista de Vietnam, presagian posibilidades alarmantes, o quizá aterradoras, para el futuro cercano. ¿Qué pasaría si, en medio de una nueva recesión que agrave la crisis cada vez más profunda, los malayos, los javaneses y otros pueblos del sudeste asiático resuelven seguir los pasos de Vietnam y emprender *pogroms* antichinos en sus sociedades multiétnicas?

Los movimientos nacionalistas, regionales, étnicos y religiosos también son factores determinantes en la región del Mindanao (Filipinas), en Tamil (Sri Lanka), en las tres esquinas de la India, en Paquistán y Afganistán, en Irán (gracias a los baluchis y otros), entre los kurdos y otras minorías de Irán, Irak y Turquía (para no mencionar, una vez más, a la Unión Soviética), y por supuesto en el conflicto israelí-palestino-árabe. En Africa las lealtades étnicas existentes condicionan los intentos de construir estados nacionales. En Europa la autoridad de los estados nacionales sufre el reto de movimientos étnicos regionales (desde Escocia hasta Euzkadi y Cerdeña, y no hablemos de Yugoslavia), que ofrecen promesas (¿falsas?) de salvación en un período de crisis económica y política nacional e internacional. En México, donde la Iglesia católica ha desempeñado un papel secundario durante mucho tiempo, la visita del Papa atrajo a tres millones de personas a las calles. En Estados Unidos, los hispanohablantes de origen mexicano, puertorriqueño y de otros países latinoamericanos se están convirtiendo rápidamente no sólo en la minoría principal sino también en la más militante y consciente; también contribuyen, sobre todo en el oeste y el sudoeste, al resurgimiento de una fuerte conciencia regional. El nacionalismo en Quebec parece plantear una amenaza a la supervivencia del Estado canadiense y alienta el regionalismo de otras provincias, como Alberta.

En la mayoría de los casos, este resurgimiento nacionalista contemporáneo ya no es un componente de las luchas por la liberación nacional y, mucho menos, por el socialismo, como ocurrió durante casi todo este siglo. Al contrario, como hace cien años, cabe preguntarse si estos movimientos merecen apoyo en virtud de su posible contribución a las causas progresistas y socialistas o se debe condenar a buena parte de este nuevo nacionalismo por sus probables consecuencias, objetivamente reaccionarias o incluso contrarrevolucionarias. Sin duda el nacionalismo que conduce a la guerra entre estados "socialistas" o al abandono de movimientos, políticas o gobiernos progresistas, sólo podría apoyarse (como conducente a la liberación y al socialismo) forzando al máximo la imaginación ideológica (excepto en términos puramente nacionalistas). Muchos otros movimientos nacionalistas, regionalistas, étnicos y religiosos en el Este, en el Sur y en

Occidente están expuestos a ser manipulados y utilizados por las fuerzas de clase conservadoras y reaccionarias mucho más fácilmente que por las progresistas, y ni qué decir por las socialistas. En el mejor de los casos, el nacionalismo amenaza con confundir y dividir cada vez más a las fuerzas populares y proletarias; en el peor, es muy concreto el peligro de que los sentimientos nacionalistas y religiosos sean manipulados directamente por la reacción. Es muy real la amenaza de que se sacrifique al socialismo en el altar del nacionalismo.

Por último, podemos preguntarnos: ¿estamos viviendo en muchas sociedades diferentes y atravesando distintas crisis simultáneas, o en realidad vivimos en un solo mundo que pasa por una crisis única aunque con distintas manifestaciones? El resurgimiento de tantos y tan distintos movimientos separatistas políticos, nacionalistas, étnicos, tradicionalistas y religiosos, muchos como respuesta a otras tantas percepciones de crisis sociales y personales, quizá indique que el mundo está formado por —o se está rompiendo en— pequeños pedazos, cada uno de los cuales trata de reafirmar su cultura y su modo de vida tradicionales. Otra explicación posible es que la mayoría de estos movimientos son poco más que desesperadas reacciones (a menudo con consecuencias reaccionarias) a los variados sentimientos de crisis generados por la evolución de un único sistema mundial, que pasa por una crisis de desarrollo mientras se traga a todos los habitantes del planeta. Esta otra explicación surge del estudio del desarrollo histórico del sistema capitalista mundial y su difusión para incorporar a todos los lugares de la tierra.

Más aún, hay pruebas que parecen apoyar esta visión de mundo único. Me refiero a los movimientos sociales que en tiempos recientes han planteado los mayores y más exitosos retos a la realidad y a las teorías convencionales de nuestro mundo, y que han causado la mayor sorpresa y alarma: las revoluciones dirigidas por Jomeini en Irán y por Pol Pot en Kampuchea. El extremismo aparente de ambas revoluciones (simbolizado por el retorno del Corán en Irán y por la abolición de la moneda en Kampuchea) y la capacidad de sus líderes para obtener la aceptación (a veces reticente o forzada) de estas y otras medidas por las masas, en realidad es una expresión de la amplitud y profundidad con que afectó a estos países su acelerada incorporación al sistema mundial durante la última década. La reacción de los pueblos contra el sistema y su rechazo a los costos que la incorporación les ha impuesto sólo demuestra hasta qué punto son partes del sistema, y no significa que hayan escapado de él. Además, la triste suerte de la revolución de Pol Pot (y la declaración pública de su segundo, Ieng Sari, en Colombo, quien afirmó que una alianza con cualquier fuerza internacional y de clase es aceptable en tanto sea antivietnamita) y el resurgente realismo geopolítico, económico y regional del nuevo gobierno de Irán (crecientemente decidido a rehacer sus vínculos económicos y políticos con Occidente y a ocupar otra vez su papel de gendarme en la región del Golfo) indican que las mismas direcciones kampucheanas e iraníes reconocen ahora que, aunque los pueblos hacen su propia historia (social y nacional), lo hacen dentro de las condiciones y limitaciones político-económicas objetivas que les impone su participación en un sistema mundial real que atraviesa el desarrollo de una crisis y una crisis de desarrollo. □